

Consuelo Sánchez Naranjo

*Elogio de la infidelidad
de las mujeres*

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Tina Modotti, *Ione Robinson*, 1929
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2016
© Consuelo Sánchez Naranjo, 2016

ISBN: 978-84-944769-4-5

Depósito legal: M-11596-2016

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Capítulo 1

Algo más que cuernos

Quien nunca haya sido infiel a la pareja, a la familia, a los colores del equipo o a las propias convicciones que tire la primera piedra. La infidelidad está presente en nuestras vidas prácticamente desde que tenemos conciencia, aunque no siempre seamos capaces de identificarla en nuestro comportamiento. El término constituye un poliedro de significados variables en función del tipo de sociedad y el momento histórico al que nos refiramos o el género al que se pertenezca. Puede abordarse, por lo tanto, desde muy distintas perspectivas y nadie suele permanecer indiferente cuando surge como tema de discusión. Este interés tan extendido tiene su origen en que el imaginario colectivo identifica infidelidad y sexo, concretamente, sexo alternativo al de las rutinas cotidianas y, en consecuencia, más excitante y atrayente. Visto así, el tema se encontraría entre los dos más importantes de la existencia que, de acuerdo con una frase que se adjudica a Woody Allen, son «primero el sexo y del segundo, no me acuerdo».

En torno a la infidelidad, pueden encontrarse toneladas de información, que circulan sin parar en multitud de órbitas y nos bombardean con imágenes sensuales, estadísticas más o menos fiables y múltiples reflexiones elaboradas por sociólogos, psicólogos, sexólogos y periodistas presuntamente especializados en la materia. Tamaña pluridisciplinariedad resulta abrumadora, sobre todo si tenemos en cuenta el predominio de los tópicos que se deduce del análisis de la documentación generada. Para hacer todo esto algo más digerible, se ha sometido, sin renunciar a un toque de humor, a un cierto escrutinio de la opinión, a través de una azarosa recolección de relatos, elaborados y contados por unas cuantas mujeres que han querido participar en las entrevistas y las reuniones cuyos resultados se recogen más adelante.

Para abrir boca, comenzamos acotando la palabra *infidelidad*. Según el no siempre alabado *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua Española, viene del latín *infidelitas*, y significa, en la primera de sus acepciones, «falta de fidelidad», es decir, de «lealtad», entendida como «observancia de la fe que alguien debe a otra persona». El origen, por consiguiente, es la palabra «fe», es decir, la confianza y la seguridad de que algo es cierto, aunque, también, el conjunto de creencias de una religión que, en el caso de la católica, se traduce en la primera de las virtudes teologales, como «asentimiento a la revelación de Dios, propuesta por la Iglesia». En el origen, *infiel* se utilizó para designar a aquellos que no profesaban la fe —religiosa, se entiende— considerada como verdadera. Se les llegó a perseguir hasta la muerte durante siglos por

esta razón. Con la excusa de la fidelidad a un credo se emprendieron las cruzadas, para convencer a los infieles y convertirlos al Dios cristiano, «para que creyeran en Él (...) y también en el orden de las cosas, en el diseño del mundo, en la sociedad feudal». ¹ Los caballeros de aquellas guerras presuntamente santas olvidaron, sin más, que el Dios bíblico siempre juega la carta del perdón frente a la infidelidad. ²

Con el tiempo, este uso se ha ido desideologizando y se ha extendido a otros territorios del lenguaje, acaso porque la fe original se haya diluido en la racionalidad del pensamiento contemporáneo, lastrado por los matices de una forma de postmodernidad que sugiere viejos manierismos en cada fin de etapa de la historia. Así, la fidelidad ha ido cambiando de ámbitos y modulado su codificación. Su antónimo, la infidelidad, en aplicación de ese código permanentemente actualizado, se vincula a la seducción y a la traición. ³

Sin embargo, ¿podemos afirmar de manera tajante que cuando nos dejamos seducir por algo nuevo que incorporar a nuestras ideas o creencias traicionamos con ello, en todo o en parte, las que profesábamos hasta ese momento? ¿Fue una traición a la cosmogonía mitoló-

1. Wajsbrot, Cécile; «Préface». En: Wajsbrot, C. *La fidelité. Un horizon, un échange, une memoire* (pág. 12). Editions Autrement, Paris, 1994.

2. Sibony, Daniel; «Partage des eaux». En: Wajsbrot, C. *La fidelité. Un horizon, un échange, une memoire* (pág. 21). Editions Autrement, Paris, 1994.

3. *Ibíd.*, pág. 16.

gica de la Antigüedad el monoteísmo importado desde Oriente a la cuenca mediterránea?

¿Son adúlteros, falsos o deshonorosos los procesos iconoclastas que preceden a la reacción en la que consisten los movimientos artísticos emergentes? ¿Nacen las revoluciones de la impostura? ¿Tiene algún sentido poner en duda la pertinencia de la alteración del conocimiento que suponen los grandes descubrimientos científicos?

Cada ruptura del ser humano con quienes le precedieron, cada paso iniciado a través de una senda desconocida, cada nuevo nombre otorgado a una estrella que se revela más allá de las viejas cartografías del firmamento, cada vuelta de tuerca en la Historia de la Filosofía, suponen una infidelidad.

Así entendida, la infidelidad sería un motor de evolución que, en general, mantiene un ritmo relativamente constante. En este contexto, las crisis que preceden y provocan los cambios se producen solo cuando no hay una progresión espontánea y la energía se acumula o es absorbida por virus desconocidos para médicos incapaces de diagnosticar con precisión una patología compleja o de síntomas inidentificables con respecto a los modelos conocidos, cuando los tiempos se solapan como placas tectónicas y fallas geológicas en constante tensión o, simplemente, cuando la rutina, el aburrimiento o el eterno bostezo de los dioses que insuflan en la mente del mundo el deseo de cambio, se detienen un instante para recuperar el resuello perdido tras su continuo y silencioso movimiento.

Esa visión del movimiento en el espacio suele adjudicarse al varón, igual que se le atribuye una naturaleza

infiel, porque ha tenido siempre que esparcir su semilla *urbi et orbi* para garantizar la supervivencia especie y, además, una mayor facilidad para serlo. La cuestión, por otra parte, ha gozado normalmente, en el caso de los hombres, de una gran aceptación social, que la literatura y el cine han reproducido hasta la saciedad, desde las escenas de los burdeles decimonónicos hasta las de las «mantenidas» que vivían en sus casitas de Pin y Pon dedicadas en exclusiva a satisfacer la libido de señoritos, normalmente casados, que se lo podían permitir.

En contraste, la mujer podría representarse como un punto sobre el plano, que acaba convirtiéndose en una esfera inmóvil, silenciosa e invisible. A ella se atribuye un temperamento receptor, programado para generar y albergar la vida. Si a lo largo de la historia no lo ha tenido demasiado fácil —en general— ni siquiera en las sociedades occidentales, el ejercicio de la infidelidad en particular le ha pillado un poco a contrapié, salvo honrosas excepciones, muy sancionadas por el entorno.

Lo que en el caso del hombre se ha consentido y estimulado, ha supuesto para las mujeres un estigma. Esta consideración diametralmente opuesta del fenómeno de la infidelidad tiene su origen en la desigualdad entre los géneros porque, aunque la fidelidad no sea un valor, ni tampoco lo contrario, se traduce, como antes se señalaba, en un código de conducta. Este solo produce intercambios entre iguales. Desde su origen, fidelidad se identifica con transacción y, por tanto, se da a cambio de algo. En la época feudal, por ejemplo, los señores eran fieles entre sí y a sus propios principios y sellaban alianzas voluntarias para mantener y transferir sus privilegios.

Sin embargo, la fidelidad resulta exigible solo a los inferiores, sean mujeres, esclavos, empleados o colonizados de toda las épocas. En estos casos, y particularmente en el de las mujeres, ni siquiera se traza como un camino de ida y vuelta. La Penélope homérica, símbolo griego de la mujer que espera la vuelta de su esposo y se defiende, tejiendo y destejiendo su infinito tapiz, del acoso de sus múltiples pretendientes, permanece siempre en el mismo lugar hasta que su hombre, que viaja durante diez años a través de un tiempo épico, regresa para reclamar su derecho a una hacienda que la incluye.

Aunque, tal vez, este estereotipo de la fidelidad debida, acatada y practicada se tambalee bajo el peso de la tozuda realidad. Si tratamos de no calificar el silencio de impostura, veremos enseguida cómo las mujeres han sabido, en paralelo a los hombres, edificar un mundo lleno de luces en esa otra dimensión en sombra. Imágenes de todos los tiempos las representan ataviadas con los trajes de esposa, hija devota, madre siempre de la progenie que garantiza que la herencia pasa a las manos adecuadas y cuidadora del aliento de todos. De pronto, todo ese entramado resulta, en nuestra cultura, tan solo explicable en un contexto de pacto no explícito en el que la evolución —el movimiento— se adjudica tácitamente a un género pero se comparte de forma elíptica en igualdad. Y, quizás, esté viniéndose abajo, junto con tantas otras verdades de tantas otras crisis, en las ideas, en las creencias, en la geopolítica, en la economía..., porque una cosa aparece en la foto pública y otra en la penumbra de las alcobas. Y lo que ha venido sucediendo, probablemente, haya terminado por revertir y esté

dando lugar, aunque aún no seamos capaces de identificar las consecuencias.

Muchas mujeres están, de hecho, siendo infieles a la infidelidad. Sin ánimo de convertir en categoría la multitud de anécdotas que he tenido el placer de seleccionar en los últimos meses, casi me sorprende la nostalgia de muchas por el tópico de la condición femenina. La recurrente afirmación de tantas sobre lo que consideran el mayor de los engaños cuando, tras identificar la liberación con el trabajo, constatan que han duplicado la dedicación en horas al tener que seguir, pese a ser independientes económicamente, ocupándose de las tareas de casa, dibuja un panorama de terrible cansancio. Y el agotamiento no suele preludiar el emprendimiento de grandes empresas.